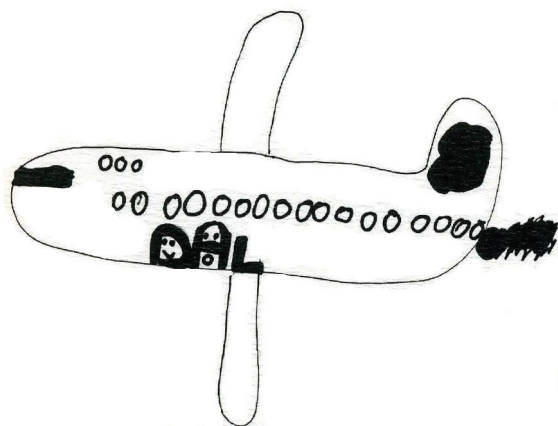


con permiso  
de la muerte,  
la vida,...

Roberto Mira

Firmado por

Arturo  
1998



**con permiso  
de la muerte,  
la vida,...**

Roberto Mira

Con permiso de la muerte, la vida ...

---

Con permiso de la muerte, la vida ... por Roberto Mira Fernández tiene una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License. Los permisos fuera del alcance de esta licencia deberán solicitarse a través de [robertomirafernandez.jux.com](mailto:robertomirafernandez.jux.com)

**Editor: Roberto Mira**



**Autor: Roberto Mira**

Diseño de portada: David García  
Dibujo: Arturo-Pablo Gosábez Seva  
Depósito legal: A-310-2010

Impreso en España / Printed in Spain  
Fotocomposición, Impresión y Encuadernación:

**CEE Limencop, S.L.**

<http://www.limencop.com>

correo: [publicaciones.elche@limencop.com](mailto:publicaciones.elche@limencop.com)

correo: [reprografia.elche@umh.es](mailto:reprografia.elche@umh.es)

Tel.: 966658487 / 966658791 / 965903400 Ext. 2784



**Este libro ha sido confeccionado por personal discapacitado perteneciente al Centro Especial de Empleo Limencop.**

Arturo:

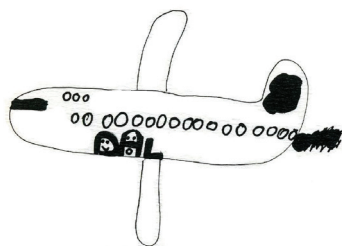
Por ti, que fortaleciste con tu  
ejemplo a esta pobre alma que se  
debatía en el mar de la quimioterapia.

El autor.



Firmado por

Arturo  
1998



con permiso  
de la muerte,  
la vida,...

Roberto Mira

## Capítulo primero

Tenía que recordar llamar a la compañía del gas para que le suministraran butano. Tenía que recordar, que debía ir al supermercado esa noche, porque de lo contrario se quedaría sin vino y podía ser una tragedia – era normal, el vino ayudaba a bloquear el desnudo sentir de la vida -. También tenía que comprobar la fecha de los yogures, no fuera a ser que caducaran ya y, en tal caso, tener que tomarlos durante todo el día, para no echar por la borda la oferta por la que los había comprado – qué absurdo -. Tenía que recordar ver cuándo vencía el pago de la Contribución Urbana para evitar que le impusieran la “justa” sanción; también cuándo tenía que llevar a revisar el coche. No sabía la fecha de caducidad del Documento Nacional de Identidad – el de Conducir estaba recientemente renovado –; tampoco que le hubiesen hecho el ingreso a tiempo de pagar los recibos de amortización de los préstamos y, por otro lado, que no se le olvidara poner el ticket de aparcamiento – el día anterior había corrido el peligro de que su coche fuera raptado por la grúa en el propio aparcamiento, en beneficio del orden preestablecido-; que no se le olvidara que tenía que recordar a quién tenía que llamar ese día para que no se produjera ninguna catástrofe cotidiano-social y así, una vez que recordara todo lo poco que tenía que recordar, no se daría

cuenta ni habría lugar para ocupar su mente con lo que no debía de recordar por estar siempre en él presente: la locura de la madre velando el cuerpo inerte de su hijo durante seis meses y a la que no comprendían tal fidelidad; el atentado terrorista, ése que había superado a las víctimas del día anterior; la denuncia de corrupción de tal y cual partido; la rebelión de un pueblo que luchaba por su supervivencia, aunque le dieran por llamarla “democracia”; a la niña a la que repudiaban sus compañeros de escuela por ser portadora del SIDA sin tener edad de poder haber elegido si lo ponía o se lo ponían, como decía el “slogan” televisivo; al niño por el que pedían ayuda monetaria para poder sufragar la operación cerebral que, la Seguridad Social, le prometía efectuar cuando más rápido le fuera posible; a la vieja de la esquina que, aunque helara, extendía limosneando su engarrotada mano, sin que la señora Ministra de Asuntos Sociales tuviera ninguna noticia al respecto; al ciego que prometía la suerte que a él no le alcanzaría: ver la vida desde otro punto de “vista”; al perro muerto, arrollado en la carretera, por ir tras de su amo, como sólo suelen hacer, eso, los perros; al hijo que tras la muerte de su madre, se había suicidado, para que no se le perdiera en el camino; al padre de familia en paro que, con su niño le esperaba en el próximo semáforo para venderle los clínex; a las Olimpiadas de los minusválidos, que le hacían dar gracias a Dios por lo bien que se valía, a pesar de sus tantas minusvalías ocultas; a la señora



que tras extirpársele una mama, la pobre, por amor a su esposo, se había complicado la vida, relleniéndose el pecho con no se sabía qué porquería, según habían descubierto y denunciado los americanos que habían sido los inventores de tan suculento negocio; a la lluvia ácida que decían podía enfermar al Planeta – como si para eso, hiciera falta que lloviera - ; al pan suyo de cada día que no lo recibían todos y a tantas y tantas cosas...que, en ese instante, envuelto en su aparatosa chupa de piel, tuvo que evitar el llanto del frío, que estaba helando su alma, con una gran copa del sutil y cada vez máspreciado néctar, llamado “optimismo”.

## Capítulo segundo

Eran las ocho de la tarde del martes día siete de febrero del año mil novecientos noventa y cinco. La jornada laboral no había sido diferente a otras, llenas de monotonía y aburrimiento. Sólo había un motivo que estimulara tal rutina: la llamada que recibió de un amigo invitándole a la presentación por parte de un periódico de la localidad, de una Colección de Pintura del Siglo XX, donde se presumía le podrían hacer una interviú y alguna que otra fotografía que sería publicada. En todo eso andaba pensando mientras conducía escuchando no se sabe qué bolero, que aletargaba más su ensoñación.

Llegó al domicilio de los seres que para él configuraban su núcleo familiar y, el bajar del coche, la vio: ella, estaba hablando apresuradamente con las personas que se hallaban dentro de otro automóvil aparcado en doble fila. La escena le alarmó porque notó cierto nerviosismo en los gestos y, mientras se acercaba, ella, se introducía con rapidez en su coche, sin haberse percatado de su presencia. Él, se acercó a la ventanilla y llamando su atención golpeando el cristal con los nudillos de sus dedos, le interrogó: “¿Qué ocurre? ¡Baja la ventanilla! ¿Qué pasa?”. “ ¡Nada!. Voy a entregar los análisis que me ha encargado el Pediatra que le hiciéramos urgentemente! ¡Estoy muy nerviosa!” - “¿Quieres

que te acompañe?...”- interrogó él- “¡Si no te importa!”  
--contestó ella – Y rápidamente puso el coche en marcha.

Cuando llegaron a la puerta de la consulta, él ya se había hecho cargo de la situación de angustia por la que atravesaba su interlocutora. Aparcaron, bajaron silenciosa y lentamente como si sus miembros estuvieran entumecidos y llamaron al timbre de la entrada del bungalow. El pediatra del niño les atendió rápidamente en una consulta que había instalado provisionalmente en lo que era la zona de garaje. El espacio resultaba más frío de lo normal con las paredes de cemento sin revestimiento alguno. El pediatra balbuceó unos instantes, previo el correspondiente saludo; preguntó quién era el acompañante y él le contestó que no tenía consanguinidad alguna con el niño y su madre pero, su presencia no era banal ni gratuita puesto que compartía la angustia del momento por el cariño que hacia los dos seres tenía. Hubo un corto, pero eterno silencio; el pediatra tragó saliva y dirigiéndose a la madre, mirándola fijamente a los ojos, como intentando amortiguar el dolor que la noticia le iba a producir, le dijo: “Hemos recibido la analítica y siento decirle que, efectivamente, el resultado viene a confirmar lo que, en principio se temía. Su hijo tiene una enfermedad que, aun no siendo mortal, es grave...” Se quedaron estáticos, como si la sangre no existiera ya en sus venas. Temían preguntar por tener que recibir la angustiosa respuesta. Por fin ella, al unísono con él, interrogó: “¿De qué se trata doc-

tor...?” – “Leucemia “– les contestó-. Inmóviles en el asiento no daban crédito a la realidad de aquella noticia; parecía que no iba con ellos y que no se trataba del mismo niño al que ambos y, por distintas circunstancias naturales, tanto amaban. “¿Existe posibilidad de salvación?” – preguntaron al doctor-. “Siempre existe la esperanza... – contestó - pero les advierto que su ingreso debe ser inmediato para que le formulen las pruebas pertinentes y detecten qué grado o tipología tiene y así poderle aplicar rápidamente el tratamiento adecuado”. “¡Haga lo que crea más conveniente, estamos en sus manos!”- dijo él-La madre asentía, no balbuceaba palabra alguna, se sentía desangrar de dolor, no reaccionaba. Él, tomó la rienda y dirigiéndose al pediatra le dijo: “Adopte las decisiones que crea convenientes; nosotros haremos cuanto esté en nuestras manos. Sólo le ruego que tenga en cuenta nuestra situación y que adopte las medidas para con el niño, que adoptaría si se tratara de un hijo suyo.” “¡Así lo haré!” – contestó el pediatra – “Y sigo insistiendo en que, lo más conveniente para el niño es que sea ingresado inmediatamente en el Hospital. El endocrino de guardia está avisado y esperando el ingreso.”

Sólo mediaron las miradas que cruzan dos seres que saben que han sido heridos en la batalla y que agonizan sin fuerzas sintiendo la muerte. La muerte, ésa contra la que luchará siempre el ser humano, precisamente por eso, por ser “humano”.



## Capítulo tercero

Esa escena se había producido, se estaba produciendo y se produciría en cualquiera de las familias que pueblan la tierra; pero en las sociedades desarrolladas se vivía con menos resignación, por no dar crédito a que, a pesar del aparente bienestar económico-social, el cuerpo reaccionara, en ocasiones, como lo que era, como parte integrante de una Naturaleza que, a veces, tenía y asumía sus malformaciones e imperfecciones, sin que por ello dejara de ser “natural”.

Todos aquellos que cayeron en la lucha, que estarían siempre porque acompañarían y ocuparían las mentes de sus seres queridos, los que se hallaban luchando y los que tendrían que hacerlo, quién sabe, algún día, de una forma más directa, pensaba él si habían y serían conscientes de que existía una respuesta al eterno interrogante del “¿por qué habían venido, si para vivir morían?”: habían venido a acompañarse, a ser guías, a legar su conciencia de solidaridad, a preservar la especie, a depositar su amor para que, quien lo recibiera, a su vez, lo legara a quienes le sucedieran.

Desde la soledad de una habitación gris del Hospital, él había meditado, analizado y valorado el gran calor humano que producía una mirada compartida en la angustia y dolor, por todo el equipo sanitario. Ellos, eran en esos momentos

el único contacto humano que mantenían, al estar aislados de una sociedad que, desde su “hábitat de amargura”, sólo les representaba la falsedad, la opulencia, la prisa, lo impersonal, lo banal, lo efímero...

Cuando se había efectuado el ingreso y el frío había helado hasta su mente; cuando deseaba tener poder para rectificar lo que estaba viviendo; cuando todo se le había hecho de noche; cuando de nada le valía la lógica, cuando se le desangraban los sentidos... se abrió una puerta, entró el personal sanitario, atendieron al niño, le oxigenaron, le tomaron la temperatura, le buscaron las venas... Él, estático y lívido, sólo reaccionó cuando le dirigieron esa mirada que le transmitía comprensión, fuerza, sentimiento y amor, intuyendo y sintiendo que Dios, el de él, el de todas y cada una de las distintas creencias o religiones, se manifestaba a través de ellos, a través del personal sanitario.

Desde el rincón de la habitación y, con la seguridad de que su sentimiento podría ser “universalmente compartido” daba, desde lo hondo de su sentimiento herido, las más profundas gracias, a todos esos seres humanos que se volcaban y transmitían vigor, fe y esperanza, -al margen del “status social” y de los prejuicios de la “xenofobia y racismo”- a los que, como cobayas, se hallaban en tan difíciles circunstancias.





## Capítulo cuarto

El proceso seguía de forma desencadenada sin dar tiempo a revisar los acontecimientos acaecidos. Todo eran dudas, sobresaltos, preguntas sin respuestas, minutos eternos, días nefastos. Lograron hablar por separado con el doctor-jefe del equipo médico encargado del seguimiento de la enfermedad del niño. El informe dado a ambos era exacto: dentro del peligro había habido suerte. Según las pruebas realizadas, la enfermedad no tenía un grado de negatividad irreversible; existía un alto índice de posibilidades de curación, en más de un cincuenta por ciento, por añadir un porcentaje estadístico. El resto era conseguir a través de los tratamientos oportunos vencer a la enfermedad, lo cual sería llevado a cabo a través del cumplimiento del protocolo establecido por las autoridades sanitarias internacionales para este tipo de enfermedad. Su aplicación duraría treinta y seis meses, si todo iba “normal”. Treinta y seis meses, tres años, veinticinco mil novecientas veinte horas, miles y miles de minutos y millones de segundos de un ir y venir como barco vapuleado por la tormenta con el peligro de zozobrar en el mar incontenible de la duda y con el único salvavidas, el de la fe, que el ser humano se ve abocado a potenciar afanosamente en estos casos.

El trato que recibían por parte de todo el personal sanitario

hacía más llevadero el ambiente gris y frío que la habitación emanaba. Los primeros regalos hacia el niño empezaron a llegar inmediatamente. El balón, el avión, los cuentos, las pinturas, los monigotes y todo el amor que, la buena gente, conocida o no, sabedora del problema, remitían a través de su oración. Ésa que, de sus labios y como plegaria, emitían silenciosa y dolorosamente a su Dios, quienes vivían de primera mano la turbulenta historia, para que, a pesar de todo, Él, no lo abandonara.

## Capítulo quinto

Recordaba las primeras semanas de tratamiento, cuando el niño cojeaba mucho al andar. Daba la impresión de que estuviera tullido de la cadera; debilitaba la moral verle, era como un pajarillo indefenso y, al propio tiempo, como un niño al que se le han echado setenta años encima, de golpe.

Pronto se alarmaron y se lo comentaron a los miembros del equipo médico. Le observaron meticulosamente y no pareció tener excesiva importancia, aunque les comentaron que, podría haber sido como consecuencia de las contraindicaciones que contenía la medicación que se le suministraba. Pronto aquello pasó a segundo lugar, empezaba un ciclo con un tratamiento fortísimo; tenían que llevar mucho cuidado con el mismo, era peligrosísimo – el simple contacto con la piel del niño, podría ocasionarle quemaduras en el brazo -.

La madre, expectante, no se separaba de su hijo y las noches de tensión rendida, pasaban lentamente ignorando la tragedia que se cernía.

El niño no paraba de pedir que le pusieran una y otra vez películas de dibujos animados – era su válvula de escape, sin duda le transportaban a otro mundo menos cruel que el que estaba viviendo en constante excitación y miedo-. Apenas comía, aunque se alegraba cuando veía la bandeja y le

producía un gran placer descubrir qué había en ella, cuando se destapaba. Tomaba zanahoria guisada, un poco de patata hervida y, de un pequeño bollo de pan extraía ansioso la miga, que mojaba en el jugo que había soltado el pescado o la carne, que no solía consumir; por último tomaba yogur – el flan, arroz con leche y demás postres no le atraían y, mucho menos, la fruta del tiempo -. Transcurría lentamente todo.

## Capítulo sexto

Y de momento, en la puerta colocaron un cartel restringiendo las visitas. El niño estaba bajísimo en defensas. Sólo tres de las personas, que eran fundamentales para que la afectividad del niño no se sintiera mermada -su madre, su abuela y él- tenían acceso a aquella habitación. Recogían de la puerta las prendas necesarias para cubrir su cuerpo, pies, manos, cabeza y boca, al objeto de evitar transmitir gérmenes nocivos al niño. Era normal, no había que alarmarse. El niño estaba inmóvil en la cama, con los dos brazos inyectados con el tratamiento pertinente. Pedía de su madre que le protegiera en su regazo. No era posible. La ternura contenida de la madre era observada y compartida por él que, en esos instantes, habría estrechado al niño entre sus brazos para darle todo el calor de vida que necesitaba y demandaba. Y siguieron desgranándose los días como uvas de un racimo maduro en la cepa.

De pronto, apareció él con una máquina fotográfica, era el regalo que le traía esa noche, cumpliendo así los deseos de la madre que quería fotografiar al niño, como para inmortalizarle. Su cara resplandeció con sorpresa y alegría. Estaba precioso: sus ojos azules, más azules; su cara, de cera virgen y sus labios, de melocotón inmaduro.

A la mañana siguiente, que era festivo, se fotografió al

niño dentro de la habitación, de la que no podía salir, con su pijama, -dos tallas más grandes que la suya – su pelo, sus gafas y una dulce sonrisa. Cuando el “flash” se encendió, decía “pa-ta-ta” como le indicaban y aguantaba con estilo la sesión fotográfica. Fue tierna la jornada.

Al principio de semana se reveló el carrete fotográfico y la imagen que devolvían las fotografías era la de un niño ojoso, dócil, tierno y herido por las consecuencias de la grave enfermedad. Quedaron silenciosos cuando las vieron y cada uno calló lo que su mente pensaba: la evidencia clara y rotunda de que aquello no era un juego. Instintivamente acariciaron la cabeza del niño, aún cubierta por el pelo, que se debilitaba y caía atropelladamente. Pensaron en el siguiente acontecimiento – el de ir haciéndose a la idea de que había que raparle la cabeza, para que la caída del cabello no fuera tan molesta para él - tarea que aconteció al día siguiente, con el asentimiento de una de las doctoras del equipo médico, que estaba de guardia –. Fue un “golpe” anunciado. El niño recordaba a aquellos que tanto sufrieron en los campos de exterminio nazi; pero no había que dramatizar, con una gorra que su madre le había traído de Nueva York en las pasadas vacaciones y las gafas que él le había comprado días antes, para que la luz solar no le fuera tan molesta, haría más llevadero el trauma y se le restaría importancia a la auténtica y cruel realidad. Cualquier cosa era mejor que negativizar más, lo inevitable y evidentemente

te negativo.

## Capítulo séptimo

Nadie, que no lo haya experimentado, sabe la soledad que encierran los pasillos de un Hospital, cuando todo está en calma y te dejas en una de sus habitaciones a un ser querido sobre el que se cierne el interrogante de su supervivencia. Resulta largo y frío como el cuerpo de una serpiente; sobre el encerado pavimento se reflejan los tubos de neón que penden del techo, dando la impresión, conforme se va caminando, que son escalones que te conducen a un incierto destino, como la vida. Todo eso sentía y pensaba él, cuando salía del Hospital una vez que el niño había tomado la medicación de las doce de la noche. Recordaba su último gesto, su última sonrisa, el último beso de la jornada y se le desgarraba el alma de amoroso dolor y ternura.

Constantemente se le efectuaban los análisis exigidos; era angustiosa la espera hasta saber los resultados y, muy especialmente, cuando éste era como consecuencia de la punción medular. Se le realizaban las oportunas pruebas – Tac, Rayos, análisis... - El niño, como un pequeño ratoncillo, temblaba indefenso y lloraba cuando aparecía alguna bata blanca: temía que entraran para pincharle o llevárselo fuera de la presencia de su madre. Su madre: qué dolor, qué fuerza, qué entereza, qué locura, qué angustia, qué esperanza, qué fe y qué maternidad la de ser MADRE. Viéndola, él,



comprendía el porqué la vida seguía afanosa a pesar de las contingencias de la Naturaleza; ella, como tantas otras madres, no decaía, luchaba con sus interrogantes para vencer sus miedos, para infundir a su hijo, la necesidad y la alegría de vivir. El niño la tiranizaba obligándola a que estuviera a su lado constantemente, no permitiría que hablara con alguien que le robara su atención, demandaba que le cogiera de la mano, mientras que se le aplicaba el tratamiento intravenoso; era como si con el contacto, quisiera rememorar la conexión y dependencia umbilical que había existido entre ambos; era el conducto por el que cargaba baterías cuando las defensas le bajaban.



## Capítulo octavo

Por fin llegó el día en que tenían que desalojar la habitación; estaba previsto para un viernes. El doctor les había comunicado que si eliminaba a través de la orina la quimioterapia recibida y según el resultado de los análisis que se le habían efectuado, el niño podría salir del Hospital. Su madre estaba exuberante, radiante de alegría, nerviosa, excitada; tenía ganas de hacer grandes cosas, de acometer proyectos. Por fin le iba a poder poner los pantalones bermudas, las botas, el suéter y la gorra que, con tanto amor y en meses anteriores, tenía dispuesto para tal acontecimiento y guardado en el armario del Hospital. Llegó el viernes: un tipo de análisis había dado buen resultado; otros, no tanto. Las horas pasaban y ella, quería saber si podrían salir, si tenía que avisar a su más íntima y entrañable amiga, llamar a su madre – la abuela del niño – para que ambas le ayudaran a trasladar los bártulos. Por fin llegó el doctor. Su respuesta fue negativa: no había eliminado el tratamiento y, por tanto, tenía que quedarse esa noche; a la mañana siguiente se le volverían a hacer las pertinentes pruebas y, según los resultados, se actuaría. Una decepcionante espera fue lo que deparó aquella jornada.

El sábado era la boda de la mayor de las Infantas de Es-

pañá. Estaba todo revuelto, había alegría en las calles, la mayoría de la gente estaba pegada frente al televisor viendo las primeras imágenes de la misma. Él, acababa de levantarse, eran sobre las once de la mañana. Lo primero que hizo fue llamar al Hospital para obtener noticias sobre la posible salida del niño, se puso al teléfono la íntima amiga de la madre y le transmitió que el doctor les acababa de comunicar que, podían llevárselo a casa. El nerviosismo, la alegría, la esperanza, habían vuelto a reinar en aquellos instantes. Iba a ser su primera salida, después de tanto tiempo. Rápidamente se desplazó con su coche, subió acalorado y cuando estuvo en la segunda planta, llegando al final del pasillo, oyó la voz del niño que contestaba a las preguntas que, con alegría, le hacían otras personas –enfermeras, médicos, pacientes–. Allí estaba el niño con sus bermudas azul marino, sus grandes botas, que lo eran más por la delgadez de sus piernecillas, su suéter y sus grandes ojos azules que centelleaban doloridamente pero, con alegría incontinida. La escena fue de una ternura total. Él, alto, erguido, con sus gafas oscuras que ocultaban sus ojos, le miraba, le contemplaba como si de un hijo suyo se tratara, con todo el amor que el padre siente al mirar a su hijo, cuando éste está indefenso como lo estaba él. Cuando oyó su voz, volvió rápidamente la cabeza y sus miradas se encontraron con la alegría que dos niños sienten cuando ha llegado la hora del feliz recreo.

Andaba con dificultad, decían que era normal; que llevaran cuidado no fuera a tropezar y caerse, porque sus extremidades estaban débiles y torpes. Él, lo cogió en brazos y, poniéndole las gafas de sol y la gorra prevista, lo mostró orgulloso al personal sanitario a quien agradeció emocionado las atenciones recibidas, rogando perdonaran las posibles impertinencias que, indudablemente, habrían tenido que soportar durante la estancia del niño. Cargaron con todo lo que durante mes y medio fueron acumulando en la habitación y el niño pidió andar; su madre le dio la mano y él sujetó también la de la íntima amiga de la madre, que también asistió al feliz acontecimiento. Los cuatro personajes cerraban un capítulo de sus vidas, con todas las experiencias negativas y positivas que habían acumulado. Un aire frío sacudió sus rostros como anunciándoles que comenzaban otra experiencia: la de la incorporación del niño a la realidad físico-social.

## Capítulo noveno

Hacía meses, en una tarde otoñal, el niño contemplaba el mar grisáceo, lanzando piedras a las pequeñas olas que, como jugueteando, llegaban a sus pies con placentera lentitud. Sus ojos tan azules como un cielo puro, estaban llenos de vida y afanosamente cogía las piedrecillas que, por haber tantas, eran de difícil elección, corriendo nervioso de un lado a otro, en busca de encontrar la más bonita para él. Su abuelo contemplaba a su nieto, tan pequeño, tan ingenuo, tan indefenso, tan niño... y, con la sabiduría que dan los años y el miedo o temor a los golpes que da la vida, dirigiendo su mirada al horizonte, pidió a su Dios que preservara de todo mal al último descendiente de su familia – su nieto –, todo lo cual le fue confesado a él, posteriormente, por el abuelo. De esa jornada quedó como recuerdo una pequeña piedra de color negro que él guardó en una vitrina, cuando le fue regalada por el niño, con quien coparticipó de tan apacible jornada.

Tres horas antes de tener que ingresar en el Hospital para seguir con el tratamiento, él, ante su insistencia, llevó al niño de nuevo a la playa. Era una tarde de primavera incipiente y el dolor que sentía, recordando la última vez que fueron juntos a

jugar con las piedras de la orilla, era seco.

El color del rostro del niño era de amarillento membrillo. Estaba tan débil, que no quería bajar del cochecillo en el que lo llevaba sentado, como si tuviera corta edad. Sólo cuando pasaron por un lugar donde estaban instalados unos coches mecánicos, que él recordaba de anteriores ocasiones, hizo el gesto de querer salir, de andar. Rápidamente fue protegido por él, que lo llevó hasta donde estaban los juegos. Intentó subir solo a uno de ellos y, con una mirada de angustia e impotencia inocente, que sólo un niño puede hacer que se clave en el alma de un hombre, le pidió que le ayudara, sin palabra alguna.

Hacía un viento frío de Levante que le daba en el rostro, mientras contemplaba a otros niños jugueteando por la playa como en anteriores meses lo hiciera él, antes de que la Naturaleza le castigara a sufrir, como lo estaba haciendo. Contuvo el llanto: la tarde era azulada, el cielo sereno, las gaviotas blancas, las piedras bellas, sus ojos limpios y los de él, enturbiados por las lágrimas que le traicionaban, aflorando.

Llegó la hora de tener que volver a casa. El niño no quería pero, por fin, con enérgico y cariñoso trato, le convenció para que no llorara en el regreso. Su madre estaba esperándole nerviosa por la hora que se había hecho y por el trago que sabía tenía que pasar al tener que ingresar de nuevo a su hijo en el Hospital, para continuar así el tratamiento pre-

establecido; tener que encontrarse nuevamente con la dura realidad. Salieron de casa, no hubieron despedidas y con un “hasta luego” se marcharon los tres dejando tras de sí a los abuelos del niño, que contenían el llanto. Llegaron al Hospital. Él, lo cogió en brazos, porque así lo demandó el niño y los tres cruzaron de nuevo su entrada, esperándoles allí otros días de angustia, amor, ternura y zozobra.

Transcurrió todo con normalidad aparente y por fin, a los quince días, se le dio el alta para salir de nuevo. Era viernes de Dolores y podría ir con él a la Misa de Ramos, como lo hacían ambos desde que nació: Dios así lo quería y así lo deseaba quien por el niño sufría.



## Capítulo décimo

Ella que era hippy y no mendiga, se acercó rápidamente cuando le vio tomando café en la terraza del bar al que solía ir, cerca de donde trabajaban ambos: él, en una oficina y ella, pidiendo ayuda a los transeúntes. Llegaba con la cara menos triste que la que tenía el día anterior, que se lo había pasado llorando. Le comunicó que su perrita se hallaba fuera de peligro, según le había dicho el veterinario,- había pasado el moquillo y había podido salvarla, aunque como secuela le quedaría una cojera irreversible-. Él, la animó y le dijo que no se preocupara, que lo importante era que estaba viva; ella, asintió y los dos entrecruzaron una comprensible mirada de calor y humanidad compartiendo la misma alegría: la perrita por fin se hallaba fuera de peligro.

Su compañero la llamó para que siguiera limosneando mientras tocaba la flauta y a él se le saltaron las lágrimas cuando la vio partir presurosa, al pensar que, igual riesgo corría el niño al que había visto nacer, dado que, según los médicos, la enfermedad estaba controlada, pero se tenía que continuar lógicamente con un tratamiento y, entre las secuelas que podría provocarle, era la de una parálisis de las extremidades inferiores. Cuando la madre y él, se miraron, tuvieron la misma sensación de impotencia, dolor y miedo, que cuando les había sido comunicado el diagnóstico

de la enfermedad. Esta era una lucha sin campo de batalla; el enemigo, la duda; sus armas, la fe. Él, trató de atajar el avance del enemigo e interrogó a la madre si deseaba a su hijo sin esas posibles y temidas secuelas, pero muerto, o con ellas, pero vivo. La respuesta fue rápida y tajante: ¡Vivo, aún con secuelas!

De nuevo triunfó la fe venciendo al miedo de la duda. Dios, pondría el resto.

## Capítulo decimoprimerο

Tenía unas décimas de fiebre, pero el doctor había dicho que no era preocupante, que podrían salir esa tarde – una tarde del mes de mayo, cuando la primavera rebosa en plenitud –. El niño comenzó a comer desafortadamente y a aumentar de peso. Repetía varias veces la comida, el desayuno y la cena y empalmaba unas con otras. Todos estaban asombrados aunque sabían que era la reacción normal por el tratamiento recibido. Por primera vez el niño estaba hecho una bola de algodón; daba gusto tocar su cuerpecillo, aunque su cara, al estar excesivamente hinchada, se hallaba desdibujada en sus serenos contornos.

Se le efectuaba el tratamiento en el denominado “Hospital de día”, lo que quería decir, que no era necesario su ingreso en planta. Un día, después de que se le efectuaran los análisis correspondientes, el niño y su madre llegaron a casa sobre el mediodía. Tuvo muestras de cansancio y se durmió en los brazos de la madre. De pronto, ésta detectó que la cabeza del niño hervía. Llamó por teléfono a la planta del Hospital para hablar con la doctora que se hallaba de guardia. Le dijeron que ingresara inmediatamente al niño, su temperatura era extremadamente alta, tenían que descubrir el por qué de la misma con los cultivos pertinentes y tratar con los antibióticos. Transcurrieron cinco días con sus

correspondientes noches: la fiebre no remitía, los médicos aparentemente no se alarmaban y seguían investigando la causa de la misma.

Sin más, una de las mañanas, al niño se le prohibió que desayunara –eran órdenes del Jefe del equipo médico- El motivo se lo comunicaron a la madre a las doce del mediodía: tenían que intervenir urgentemente al niño y quitarle el catéter que se le había implantado en días anteriores, ésa era, posiblemente, la causa de la fiebre que tenía, por posible rechazo. Había que trasladarlo de Hospital para la intervención, justo al mismo donde se lo habían colocado. Empezó todo a temblar de nuevo.

## Capítulo decimosegundo

Habían transcurrido casi dos meses y ante el riesgo anunciado de que determinado componente del tratamiento tenía como contraindicación la de la paralización de las extremidades inferiores del niño, éste tuvo que bajar varias veces a la sala donde se le iba a aplicar la Radioterapia. El motivo de esas visitas no era otro que el de conseguir que el niño se familiarizara con el nuevo equipo médico y con el ambiente reinante, al propio tiempo que se estudiaba la necesidad o no, de sedarlo para que no hubiera posibilidad de que el niño efectuara algún movimiento brusco durante las sesiones, que pudiera provocar el riesgo de radiar otra zona del cerebro, no recomendable. Le dijeron a la madre que no se preocupara, que dicho tratamiento, pese a lo que el vulgo decía, no mermaba inteligencia alguna en los pacientes a los que se les aplicaba y que si comprobaban que no estaba inmóvil durante los ensayos, tenían proyectado hacerle un casco metálico que le dejara al descubierto únicamente las partes a radiar. La situación volvía a ser angustiosa; pero nada se podía adelantar ni resolver; estaban, como siempre, en manos del destino.

Llegó el día y se le aplicó la Radioterapia prevista. La sesión duró apenas cinco minutos. Hubo que sedarlo. Se portó bastante bien, según pudo comprobar la madre desde

la ventana de la habitación contigua. Le subieron adormilado a la cama. La madre intentaba dominar la situación y, nerviosa, interrogó a los doctores; éstos le informaron que todo funcionaba bien, que no se preocupara. No tuvo tiempo ni de desahogarse llorando, pero un frío interno sacudió todo su cuerpo y los músculos se le desentumecieron. Otra prueba más había sido superada. Al día siguiente se repetiría la sesión en un ambiente más relajado y optimista.

Salió a la semana de haber sido ingresado. Estaba angelical por la ternura de su mirada y recordaba a la imagen de Frankenstein por las señales rotuladas efectuadas en su cráneo. El niño seguía viviendo la historia, ignorante del por qué de su protagonismo.

## Capítulo decimotercero

Las dos madres se encontraban de nuevo con sus respectivos hijos ingresados, en las colindantes habitaciones. El compañero del niño –Ángel – había tomado el último domingo la primera comunión y le enseñaba a ella los fotos que le habían hecho a su hijo para los recordatorios. Él, también las vio. Le entró frío ver a Ángel vestido con la chaqueta azul marino engalanada y el delgado cuerpo que la sostenía. Los ojos le salían de las órbitas por la delgadez, su mirada estaba triste, pero había posado estoicamente, como sabiendo que se le estaba inmortalizando. El comentario fue unánime: estaba muy hombre, daba gozo ver lo guapo que iba. Sólo les saltaron las lágrimas cuando la madre de Ángel les refirió que, cuando los niños desde el altar hicieron su “petición”, según lo acostumbrado en estos casos, Ángel, su hijo, en lugar de pedir por él, pidió que su padre se curara pronto pues como ya sabían, se hallaba enfermo del hígado y estaba esperando el trasplante que no llegaba. Él, tuvo que tragar saliva. La madre de Ángel continuó comentándoles que la intervención de su hijo sería posiblemente en Junio, dado que el tumor no había remitido al tratamiento que le habían suministrado durante los siete meses anteriores. La intervención era peligrosa por lo meticulosa: había que extirparle la mandíbula izquierda,

extraerle todos los dientes y, posteriormente, colocarle una prótesis y efectuarle por último una intervención estético-reparadora que la Seguridad Social no estaba dispuesta a sufragar. Lo más grave de todo era que no garantizaban que no se reprodujera el tumor, debido a las características del mismo. La noche resultó penosa y angustiada y mucho más cuando al niño se le detectaron unas décimas de fiebre, a pesar de los antibióticos que se le estaban suministrando.



## Capítulo decimocuarto

Eran casi las cinco de la tarde del mes de Junio. Él, apareció torpemente el coche y subió nerviosamente a la planta donde se hallaba ingresado el niño. En la mugrienta habitación del nuevo Hospital, al que había sido trasladado para la intervención que se le iba a efectuar, se hallaban la abuela y su madre. El niño, vestido únicamente de cintura para abajo, estaba temeroso, dulce, bello. Había adelgazado un poco durante la semana anterior y parecía un ángel de Murillo, que hubiera caído del etéreo cielo de uno de uno de sus cuadros. Hacía un calor asfixiante en la habitación, el Sol entraba a raudales por la ventana. Él, intentó bajar la persiana, pero el niño se opuso, -quería vez luz en lugar de penumbra-. Dos horas más tarde de lo previsto para la intervención, llegó un enfermero, dijo que no podían acompañar al niño al quirófano, que lo tenían que despedir en el ascensor y con los pulsos a punto de estallar, entretuvieron y despistaron al niño, haciéndole creer que le iban a hacer una radiografía y que por eso, tenía que bajar solo en la camilla con el enfermero. Las puertas del ascensor se cerraron. Desapareció llamándoles y rápidamente bajaron a la planta inferior donde se hallaba el quirófano. Pasaron lentamente los minutos siguientes que configuraron casi dos horas, hasta que salió el doctor para comunicarles que,

el niño se hallaba en buen estado y que la intervención no había revestido mayor problema; tal era así, que estaría sólo unas horas ingresado para ser trasladado posteriormente al Hospital, donde se le suministraba el tratamiento, esa misma tarde. Las últimas noticias les animaron porque, a pesar de todo, el cambio de Hospital les alteraba su organigrama. A las diez de la noche de ese mismo día, con la ambulancia, el niño fue trasladado de nuevo al Hospital, a su Hospital, como él decía, e ingresado en su habitación, donde le dieron la bienvenida los posters y dibujos que pendían de las paredes. Celebraron el acontecimiento, rendidos, cenando la madre y él, con unos bocadillos, en el aseo de la habitación y brindando con dos vulgares y corrientes botes de cerveza que los embriagaría momentáneamente -con algo había que hacerlo, lo necesitaban -.

## Capítulo decimoquinto

Habían vuelto a ingresarlo y entró con fiebre. Una fiebre que los médicos, de nuevo, no sabían a qué achacar. Estaba en observación. Se despidieron esa noche y el niño quedó con su madre como de costumbre. De pronto, eran las dos de la madrugada y el niño estaba con el cuerpo ardiendo. La madre le puso el termómetro y se alarmó cuando comprobó su temperatura: cuarenta y un grados. Inmediatamente avisó a las enfermeras de planta y acudieron rápidamente. Hicieron salir a la madre de la habitación. Estaba muy nerviosa y al final se desplomó echándose a llorar. Temía lo peor pues hacía ya una semana que la fiebre no remitía y aquello era alarmante. Mojaron toallas y cubrieron el cuerpo del niño. Así estuvieron durante varias horas al objeto de que remitiera la fiebre. Rotas las enfermeras y la madre, vieron que amanecía y el niño, con menos fiebre, dormía plácidamente: la angustia había pasado.

A los pocos días tenían que operar a Ángel. Los cirujanos y psiquiatras habían hablado previamente con los padres. Tenían que prepararles y explicarles cómo iban a hacer la intervención. Era tremenda. En ambas habitaciones corrían vientos de desesperación, nerviosismo, impotencia, lucha y fe: fe que mantenía viva la esperanza de que todo aquello pasaría y por el tiempo se archivaría en la mente de todos,

como si no hubiera existido, para volver a topar de frente con los nuevos avatares que la vida les tuviera reservados. Después de largas y tensas horas, las dos madres se abrazaron y se solidarizaron en el dolor y angustia de esos momentos, antes de retirarse a dormir. Todo saldría satisfactoriamente, se dijeron. El tiempo volvería a ser el aliado de ambas. Él les daría la respuesta a todas sus interrogaciones.

## Capítulo decimosexto

Se percibía claramente que los médicos estaban expectantes ante los acontecimientos, sin saber con certeza de dónde procedía la fiebre que persistía demoníacamente. De repente surgió el peligro de que aquella fiebre pudiera ser provocada por una afección coronaria o pancreática a causa del tratamiento aplicado. La debacle inunda el sentimiento de los que rodean al niño; a ello se suma el acontecimiento de la intervención del compañero de habitación –Ángel- que se iba a producir en cuanto obtuvieran el resultado de las pruebas que se le habían efectuado.

Las madres del niño y de Ángel estaban estrechamente vinculadas durante esas jornadas por los temores que, respectivamente, tenían y se daban los ánimos necesarios para hacer más llevadera la situación acaecida. Ella, traía los alimentos y cenaban en la habitación de Ángel; el niño no debía salir de la suya para evitar pudiera contaminarse con algún virus ya que, en la misma planta, habían otros niños que, por diversas causas, podían transmitírselos. Hinchaban de noche las colchonetas que ambas madres se habían comprado, con la autorización pertinente, para poder descansar, ya que sólo había en las habitaciones una cama, la de los niños, y el sillón para los acompañantes se había “diseñado” por alguien que desconocía lo que significaba la palabra

“comodidad”. La televisión no paraba de funcionar, no importaba lo que dijera, lo importante era que aturdió los sentidos. A los veintitantos días del último ingreso del niño, la fiebre empieza a remitir. A su compañero Ángel le intervienen. La operación dura siete horas. Los cirujanos se hallan satisfechos de los resultados. El aspecto físico de Ángel es demoledor, no puede gesticular. Se le introduce nasalmente el alimento, consistente únicamente en batidos de plátano, mediante una sonda. Se demuestra, una vez más, el ansia de vivir que se infunde a los niños y, en general, por qué no, a los adultos, cuando se sienten deseados y queridos, como en aquellos instantes se sentía Ángel por sus padres, que le rodeaban y atendían.

Las pruebas realizadas al niño, dan “negativo”. La madre siente que vuelve a la vida. El niño, al no ingerir casi alimentos, salvo los biberones que, con cereales, se le preparaba, había vuelto a la normalidad física, no estaba tan hinchado, estaba más bien delgado, pero bello. No le quedaba apenas pelo en la cabeza, no tenía cejas ni pestañas, pero para él, era la materialización de la “bella inocencia,” conque todo ser humano nace y con la que debería continuar hasta su muerte.



## Capítulo decimoséptimo

Era el solsticio del verano. El día acortaba las noches y el calor reinaba. El niño había quedado débil y delgado y con un aspecto macabro, como consecuencia de las fiebres pasadas, del antibiótico recibido y del tratamiento que se le estaba suministrando. Las madres estaban contentas, todo transcurría con calma. Se subían bocadillos y gaseosas a la habitación y se reunían en la de Ángel para cenar, mientras él, gozaba a solas del niño por el que hubiera dado la vida a cambio de su salud. Cansado y deprimido intentaba dar la alegría que necesitaba el niño, haciendo que tropezaba con la pared de la habitación y con sus puertas, cuando fingía salir de la misma. Ver la cara de felicidad del niño y oír, no sus llantos, sino su risa incontrolada, era el mejor regalo con que se podía pagar a un ser humano, conque se le podía pagar a él. Él, con la aparente ayuda del niño, hinchaba la colchoneta para que, cuando viniera de cenar su madre, no tuviera que esforzarse en hacerlo. Él, sufría también por el sufrimiento de la madre, a quien había tenido en brazos cuando niña y por la que igualmente había sufrido tiempo atrás, cuando le fue detectada una escoliosis de la que fue intervenida, años después de sufrir la tortura del corsé que con barras de hierro tuvo que llevar.

Les habían prometido a los niños que verían los fuegos



artificiales que desde un ala del Hospital se divisaban y que eran explosionados en la ciudad, como consecuencia de sus fiestas patronales. El niño no podía salir de la habitación, estaba bajo en defensas y él, permitió que se fuera su madre junto con Ángel y la suya, según lo prometido.

Pero llegó el día en que era víspera de fiesta y entonces, como el niño se había recuperado, acordaron que éste durmiera siesta, para así poder salir esa noche de sus respectivas habitaciones y dirigirse al lugar previsto. Ángel subió a su carro, tenía toda la cabeza vendada, sólo se le veían los ojos y los labios. Estaba conectado a varios sueros y tenía sondas por distintos sitios y un gran deseo de vivir, que hacía que sacara fuerzas para poder levantarse de la cama y poder sentarse erguido sobre el carro. Por otro lado, el niño lucía una prominente calva en su cabeza que, encima de sus débiles y encanijados hombros, parecía iba a provocar el hundimiento de su débil tronco. Los dos llevaban el mismo color azul en sus pijamas, las mismas mascarillas, los mismos goteros inyectados en sus venas, la misma palidez de la muerte en sus caras y la misma y honda ternura de los inocentes a los que se les ha impuesto una condena, sin haber cometido delito alguno.

Las respectivas madres, como niñas, hablaban alegre y apresuradamente, como si estuvieran en el jardín jugando a muñecas, como si de la cárcel del alma en la que ambas se hallaban recluidas, les hubieran concedido libertad pro-

visional. Él observó, rezagado, la escena y el hondo dolor que sintió, sólo podía sobrellevarse con entereza por esa humanidad que une a los seres cuando se enfrentan a la enfermedad que debilita, humilla y empequeñece. Lloró lágrimas adentro y de pronto, arrebató a sus madres los respectivos carros y, empujando de ambos, echó a correr pasillo adelante en la oscuridad de la noche, en busca de la luz que ya se vislumbraba en el cielo y que emanaba de los fuegos artificiales que ya explotaban. Él, cogió al niño entre sus brazos, su madre se apoyó en su hombro. Ángel fue arropado maternalmente por su madre y todos soñaron que eran los personajes de un cuento cuyos cuerpos podían volar y escapar de aquella pesadilla, cual polvo dorado, por las rendijas de los ventanales de aquel Hospital. Todos menos él, que hubiera parado las manecillas del reloj de la vida ante la dulzura del instante y la protección que emanaba su cuerpo hacia el niño y su madre, a través de las palpaciones que repercutían apresuradamente sobre su pecho dolido.

## Capítulo decimoctavo

Todos lo temían y nadie lo deseaba; pero se tuvo que tomar la decisión de que se le desconectara la respiración artificial, que era lo único que hacía latir su enfermizo corazón. Actuaron como si dioses hubieran sido, pero era lo mejor; no se podía prolongar esa agonía letal y seguir permitiendo, egoístamente, que su ser tuviera padecimiento alguno. Clínicamente estaba ya muerto, espiritualmente se revelaba a transformarse en la energía de la que partió en su día. Él, había imaginado aquella situación en muchísimas ocasiones, por lo que de probable y segura podía ser, pero inoperantemente: nunca, aunque uno se lo propusiera, se estaba lo suficientemente preparado para el golpe seco que producía la pérdida de un ser querido. Su vacío no era traducible, no era reproducible, ni transmisible. Era la negación a sobrevivir, la de la sin razón de la razón cuando ésta se sentía perdida; la del desgarramiento del ser, que no quería más que dejar de ser; la del despojo de todo el arrobamiento amoroso que le había acompañado durante la existencia física y anímica; era el convertirse en mendigo cuando se había sido rey; era, en definitiva, tener que sobrevivir sin que le importara nada que la muerte le sedujera y le llevara, cual amante, a los brazos del vacío donde su existir

se reducía a la nada, para poder ser el todo junto al ser que le había abandonado.

Como estaba previsto, el cadáver fue trasladado al Tanatorio para ser velado. Tan sólo un ramo de rosas amarillas fueron depositadas sobre el ataúd cerrado; no querían coronas, bastaba con las que de espinas se lleva en tan cruciales momentos. Atrás quedaban tantos sin sabores, tantas alegrías, tantas penurias, tantos proyectos, tantas riquezas de alma y espíritu, tanto de vida compartida... que, la muerte, sintió hasta dolor, por la misión que había cumplido.

.

## Capítulo decimonoveno

A la hora prevista se celebró el duelo. Asistieron sólo los que debían de estar: sus seres más queridos. Fue rezado un Padrenuestro antes de que se depositara el cadáver en el horno crematorio donde posteriormente sería incinerado. Al día siguiente recogerían sus cenizas que serían esparcidas en el lugar previsto.

Él, estaba hundido. Hubiera querido terminar también allí, de no ser porque asumía que su papel, en aquellas circunstancias, era el de un ser preparado para afrontar los avatares de la vida. La madre y él, se miraron y, sin hablar, se comunicaron que eran las cinco de la tarde y que él, tenía que partir rápidamente, sin esperar a nadie. Cogió el coche, se quitó las gafas de sol que estaban empañadas por las lágrimas que fluían de sus cansados ojos y con el alma rota y sin saber cómo, llegó a la hora prevista, cinco y media de la tarde, al descampado de gravilla donde, como de costumbre, aparcaba el coche.

La tarde era soleada. Él, la veía así y la sentía oscura y sus nubes blancas, negras como de tormenta -igual que la que sufría su alma-. Apareció el autobús que estaba esperando. Bajaron varios niños y al poco, vislumbró al que como suyo deseaba. Llegó a él corriendo y, dándose un fundido abrazo, el niño preguntó por su abuelo. Él, le dijo, que no se preo-

cupara –sin percatarse de que ya no era tan niño-, que había tenido que partir a otra galaxia, como Superman, para luchar contra los enemigos; pero, que no tuviera pena, porque desde alguna rutilante estrella, su abuelo, le vería y se sentiría orgulloso al comprobar cómo seguiría siendo tan buen niño estudiando, creciendo..., en definitiva, desarrollándose como ser humano. El niño y él, se dirigieron al coche y sin poderse contener, antes de subir, él le pidió que le abrazara de nuevo, -estrechándolo en su pecho era como si diera protección al último y más preciado tesoro de su abuelo, quien antes de su trascendental paso, la muerte, pudo compartir la alegría de que, después del auto-transplante de médula, que se le había efectuado, su nieto, el niño, fuera dado de alta de la enfermedad que había padecido-.

Había valido la pena tanta inquietud, angustia, negación, represión, duda, sentimiento, miedo, amor, fe, lucha, esperanza... porque con permiso de la muerte, la vida..., volvía a triunfar para cumplir así su ciclo total, como se había cumplido en su abuelo, al que él quiso y querría como a un padre natural.

Este libro terminó de imprimirse  
en Elx (Alicante)  
mayo XXIII